

VÍCTOR MORÁN ARTEAGA

EL EMPEDRADO  
DEL INFIERNO

**El Buey Liberal**

© 2024 Víctor Morán Arteaga  
© 2024 UNIÓN EDITORIAL, S.A.  
Calle Hilarión Eslava, 21- local • 28015 Madrid  
Tel.: 913 500 228  
Correo: [elbuey@elbueyliberal.com](mailto:elbuey@elbueyliberal.com)  
[www.elbueyliberal.com](http://www.elbueyliberal.com)  
ISBN: 978-84-7209-402-4  
Depósito legal: M. 12.659-2024  
Impreso por LAVEL DIGITAL, S.L.  
Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de EL BUEY LIBERAL, S.L.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*A mis hermanos, Maricarmen, Pili, Merche y Jose:  
Sois los cofres dónde se cobija mi infancia.*



# ÍNDICE

CAPÍTULO 1 .....	13
CAPÍTULO 2 .....	21
CAPÍTULO 3 .....	27
CAPÍTULO 4 .....	35
CAPÍTULO 5 .....	41
CAPÍTULO 6 .....	47
CAPÍTULO 7 .....	53
CAPÍTULO 8 .....	59
CAPÍTULO 9 .....	67
CAPÍTULO 10 .....	73
CAPÍTULO 11 .....	81
CAPÍTULO 12 .....	87
CAPÍTULO 13 .....	93
CAPÍTULO 14 .....	101
CAPÍTULO 15 .....	107
CAPÍTULO 16 .....	113
CAPÍTULO 17 .....	119
CAPÍTULO 18 .....	125
CAPÍTULO 19 .....	131

CAPÍTULO 20 .....	137
CAPÍTULO 21 .....	143
CAPÍTULO 22 .....	149
CAPÍTULO 23 .....	155
CAPÍTULO 24 .....	161
CAPÍTULO 25 .....	169
CAPÍTULO 26 .....	175
CAPÍTULO 27 .....	181
CAPÍTULO 28 .....	187
CAPÍTULO 29 .....	193
CAPÍTULO 30 .....	199
CAPÍTULO 31 .....	205
EPILOGO .....	209

*El camino del infierno está empedrado  
de buenas intenciones.*

*(Dicho popular)*



# CAPÍTULO 1

## **Primeros de diciembre. Paseo de Rosales. Madrid**

Para todos aquellos que odian las navidades, el mejor consejo que pueden seguir es el de alejarse lo máximo posible de Madrid. Si esto no fuera factible, lo ideal sería que frecuentaran el Paseo del Pintor Rosales. Parece mentira que un lugar tan próximo al centro neurálgico del ambiente navideño de la capital sea capaz de verse huérfano de tan festivo aroma. Sin duda, el tratarse de una calle con nulo trasiego comercial es lo que le confiere esta peculiaridad. Algún que otro negocio de hostelería, un par de embajadas y consulados, y nada más. El resto, viviendas de personas bastante acomodadas sin la menor concesión a la vorágine de espumillón, villancicos y rutilantes bolas de colores.

No era el caso de Ángela: que a las nueve de esa gélida noche de diciembre se encontrara en esa calle en concreto, no se debía a que quisiera huir de la Navidad. Todo lo contrario. Eran las fechas que más le gustaban del año. Y máxime ahora que la evidente curvatura de su silueta prometía una nueva vida más pronto que tarde. Posiblemente, antes de Reyes.

El vaho que desprendían sus labios no era suficiente para ocultar el ceño preocupado que arrugaba su frente. Había recibido una llamada de Nacho. Estaba eufórico y muy alterado. Se trataba de un joven periodista y entregado colaborador de las actividades humanitarias de Ángela. Medio enamorado de ella, y sabiendo que nada tenía que hacer, volcaba todo su entusiasmo en la profesión para la que parecía haber nacido. Pero añoraba los viejos tiempos en los que audaces reporteros desvelaban intrincados secretos capaces de copar

las primeras páginas sin echarle cuentas a los mil y un peligros que tuvieran que arrostrar.

La conversación había sido muy confusa y, más que la euforia de Nacho, Ángela se vio impregnada de una sensación de peligro que ya creía olvidada. Y en este campo, las sensaciones de Ángela no eran algo para tomar a la ligera. Tenía experiencia en situaciones peligrosas, y sus ojos habían mirado de frente a la malvada condición humana. A su peor y más terrorífica versión. Si intuía peligro, sin duda era porque el peligro rondaba.

Al parecer, Nacho había dado con una auténtica bomba periódica que haría tambalearse a la sociedad española. No era una buena noticia. No para Ángela. Por un lado, muy fuerte habría de ser el tambaleo para convertir esa sociedad en ruinas. Además, los que fueran a sufrir dicha hecatombe, no se quedarían con los brazos cruzados. Harían cualquier cosa que creyeran necesaria para evitar su caída. Les darían igual los medios que tuvieran que utilizar y el número de víctimas (inocentes o no) que sembraran por el camino. Nadie puede derribar fortalezas, y a la vez, impedir la proliferación de ruinas y escombros.

Por si todo esto no fuera suficiente, de la caótica y acelerada conversación lo primero que había sacado en claro era que lo habían localizado y que andaban detrás de él. Creía que había conseguido perderlos o perderse, y quería entregarle las pruebas que había reunido. Ni siquiera se paró a considerar el consejo que Ángela le dio: que acudiera directamente a la policía o que contara con Vicente para que este le ayudara. Ni por todo el oro del mundo pensaba en renunciar a una primicia como la que atesoraba entre sus manos, ni dejaría pasar la ocasión de mostrarse de forma tan heroica ante ella.

Pasaban diez minutos de las nueve, la hora a la que habían quedado, y la preocupación de Ángela crecía de forma exponencial a cada golpe de minuterio del reloj. Estaba sentada en un banco cercano a la marquesina de la parada de autobuses. Algún que otro vecino, arrebujado en prendas de invierno, paseaba a su mascota deseando volver a casa. La calle estaba casi desierta, aunque el tráfico rodado sí que era un poco más denso que en otras épocas del año. Sin duda, enamorados de las fiestas que buscaban integrarse en el núcleo de luces, música y gente que se embutía en el Madrid Central.

Ángela, cada vez menos intermitentemente, cada vez de forma más fija, clavaba la mirada a su izquierda, al punto donde el Paseo de Moret moría en el Paseo de Rosales. Estaba segura de que aparecería por ese lado. Pura intuición. Nada le aseguraba que no pudiera aparecer por el otro lado, por el correspondiente a Marqués de Urquijo. Empezó a sopesar la idea de llamarle para ver qué pasaba, pero enseguida la desechó. De lo que cada vez estaba más convencida era de que debía llamar a Vicente. Pero no le hacía ninguna gracia. Sabía que se lo iba a tomar muy mal, posiblemente con razón. Desde el principio la avisó de que no se entrometiera. Que no se implicara. Y si su propio detector del peligro era muy fiable, el de Vicente era superlativo. A Vicente la vida lo había convertido en un ser con una capacidad prodigiosa para pasar del reposo al modo alerta. Era un instante. Un simple chascar los dedos. Y desde luego que Ángela había tenido la intención de hacerle caso. Pero todo se quedó en eso, en una buena intención. Después, los acontecimientos la fueron empujando adonde jamás le habría gustado verse. Y ya las decisiones tomadas no se podían cambiar. Las consecuencias de aquellas decisiones, tampoco.

Cuando se convenció por fin de hacer esa llamada a Vicente, descubrió a Nacho, que se le acercaba corriendo. Efectivamente, había desembocado desde el Paseo de Moret y, una vez que la vio, aceleró su carrera sin dejar de volver la vista atrás de cuando en cuando. Una furgoneta negra, o muy oscura, con una puerta corredera lateral, hacía el mismo recorrido que él y prácticamente a la misma velocidad.

Ángela no escuchó ningún ruido especial. Ninguna detonación. Sólo el gélido silencio del invierno madrileño y el repiqueteo de las suelas de Nacho sobre el pavimento. Todo sucedió muy rápido. Pero a sus ojos, esa vertiginosa celeridad se transformó en una visión a cámara lenta. De pronto, cuando los separaban unos pocos metros, Nacho pareció tropezar y trastabilló hasta donde ella lo esperaba. Mientras estiraba los brazos para servirle de apoyo, miró a sus pies buscando la causa del tropiezo. No descubrió nada, pero cuando volvió a mirarle a la cara, su cabeza había explotado en un surtidor rojo que había congelado su rostro en una extraña expresión entre el asombro y el pavor. Cuando su cuerpo tocó el suelo ya estaba muerto. De su sien izquierda manaba un reguero de sangre, y una masa grisácea que era mejor no imaginar a qué podía corresponder.